

RECENSIONES

William Elvis Plata Quezada. *Resistir a la violencia y construir desde la fe. El caso de El Garzal, en el Magdalena Medio, Colombia*. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2018. 198 pp. ISBN 978-958-8956-45-9



Luego de *Vida y muerte de un convento: dominicos y sociedad en Santafé de Bogotá (Colombia), siglos XVI-XIX* (Editorial San Esteban, 2012; segunda edición por Ediciones UIS, 2019) y *El hecho religioso. Historia en perspectiva regional* (Ediciones UIS, 2013), la Universidad Industrial de Santander nos presenta el último libro del Doctor en Historia, Arte y Arqueología, William Elvis Plata Quezada: *Resistir a la violencia y construir desde la fe.*

El caso de El Garzal. Aquí el investigador de historia de las religiones y profesor de la Escuela de Historia de la UIS muestra la memoria de una comunidad de la Iglesia Evangélica Cuadrangular del corregimiento de El Garzal (municipio de Simití, sur del departamento de Bolívar) que, desde la fe, enfrenta la violencia (p. 20).

Por ser tan común en Colombia las comunidades de fe que resisten a los violentos, extraña –bien lo plantea el autor– que no se ahonde en estas manifestaciones de modelos de paz, sobre todo porque enseñan alternativas de reconciliación, salidas al conflicto armado y un verdadero desarrollo comunitario. Lo anterior, quizás, responde a un latente recelo academicista que termina por desconocer los frutos de comunidades que basan sus prácticas en un sentir y recepción de lo divino. Este es el caso de la comunidad de El Garzal, encabezada por el pastor Salvador Alcántara que, bajo las intimidaciones del líder paramilitar Enrique Barreto, hace una relectura y auténtica articulación entre la Biblia, la fe y su actualidad (p. 180), en aras recomponer un tejido social para la paz en su comunidad.

El libro se divide en once capítulos cortos que pueden agruparse, si se quisiera, en tres momentos de lectura. El primero es una caracterización de la línea de la investigación y del caso documentado. El segundo momento propone mayor acercamiento a los testimonios de Salvador Alcántara y algunos miembros de su familia

y comunidad de fe. Este va desde la ruptura que debe hacer el pastor Alcántara con algunas dinámicas planteadas por las iglesias pentecostales, pasa por la asociación Escrituras/realidad, hasta el hecho de obtener una razón trascendental para llevar a cabo una resistencia comunitaria. El tercer y último momento interpreta los elementos de la fe que alienta las prácticas sociales, espirituales y de resistencia pacífica y organizada.

Así mismo, la preponderancia de los testimonios y el respeto por cada uno de estos reposan en una escritura sencilla y agradable que los interpreta. Ello no es gratuito si se considera que el libro cuenta con una serie de gestos que convierten su lectura en afortunada singularidad. Por un lado, el texto cuenta con un *corpus* teórico que Plata Quezada no escatima en hacer asequible al lector de a pie, aspecto positivo para la difusión de un caso emblemático¹ como este. A su vez, el lector académico podrá encontrarse con un marco histórico, crítico y teórico, en materia de memoria histórica, organización social y del papel de las religiones dentro de la violencia armada, sustento que solidifica la propuesta de análisis del caso de El Garzal.

El libro comienza con el acercamiento a nociones como el de *foco por resistir, dominación, redes, liderazgo colectivo, participación, identidad y reconciliación* (pp. 18-19), elementos mínimos de un proceso de resistencia. Por otro lado, capítulos como “Los cristianos en el conflicto armado”, “El Garzal”, “Las iglesias”, “El pastor” y “El gigante”, son la recopilación de eventos, características y consideraciones –históricas, religiosas, económicas, sociales, topográficas, entre otras– de la comunidad del Garzal, ante la amenaza inminente de desplazamiento y despojo de tierras. Tales aproximaciones son aspectos necesarios para comprender las dinámicas y prácticas de resistencia al fenómeno violento desde la fe.

El segundo momento de lectura empieza con los capítulos “A contracorriente”, “Los paracos” y “La (segunda) amenaza”. El inicio de esta segunda parte resulta sugestivo, pues a medida que se plantea la relectura que hace el pastor Salvador Alcántara sobre su culto, su visión de la Biblia y su realidad circundante, el historiador Plata Quezada se refiere al papel desempeñado por las distintas denominaciones cristianas en el conflicto armado colombiano. Llama la atención cómo estas iglesias y denominaciones cristianas han tenido luces y sombras en el auspicio y posterior búsqueda de salidas al conflicto en zonas donde el Estado colombiano, hasta hoy, no ha llegado. Esto es una fuerte crítica a la negligencia del fundamentalismo religioso y a su vez es el reconocimiento a un proceso de toma de conciencia y de

¹ Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH, uno de los benefactores del proyecto junto a la UIS, un caso emblemático es aquel que cuenta con rasgos genéricos y particulares de un conjunto de casos similares, con el cual se busca ilustrar las dinámicas de la guerra y sus actores (p. 21).

posición que diferentes organizaciones cristianas –católicas y protestantes– han efectuado ante los fenómenos de violencia y la negligencia estatal.

A su vez, estos apartados hablan de las mezquindades, alianzas y complicidades de las diferentes representaciones del Estado con los violentos. En consecuencia, se muestra –en esta parte del libro– el proceso de conformación de grupos paramilitares en la zona del Magdalena Medio, así como las tretas y concesiones entre actores de renombre como Enrique Barreto, alias Don Pedro, Carlos Castaño y Salvatore Mancuso con tropas y mandos del ejército colombiano.

“La revelación” es uno de los apartados que marca una ruptura en el caso de El Garzal. A sabiendas de la gravedad del problema con el que trataba, la comunidad encabezada por el pastor Salvador Alcántara decide probar sus intuiciones de accionar frente al potencial despojo de sus tierras o, en el peor de los casos, el exterminio. Para esto recurren a vigiliyas y ayunos, muy comunes en las iglesias pentecostales. Luego, mediante la experiencia mística de su esposa Nidia Alian, el pastor Alcántara confirma que la labor de resistencia es necesaria y respaldada por Dios. Lo siguiente a este evento es el examen de la revelación, es decir, un ejercicio de discernimiento. Es aquí donde la lectura debe trascurrir con bastante cuidado, pues más que caer en prejuicios antirreligiosos o asociados, vale la pena fijarse en el esquema consciente y meticuloso de toma de posición que los líderes de El Garzal asumieron ante la amenaza paramilitar. (pp. 128-131). Luego, entre amenazas de muerte, vigiliyas y oraciones, la fe en Dios termina siendo el impulso para resistir a la violencia.

“La resistencia” y “La fe” son los últimos capítulos de la tercera parte de la lectura que propongo. El primero recopila las acciones concretas realizadas por la comunidad de El Garzal, así como los apoyos internacionales de entidades confesionales –protestantes y católicas– y no confesionales (pp. 140-145). Así mismo, el capítulo detalla la capacitación, hallazgo y promoción de nuevos liderazgos, sin olvidar la fe que alentaba a la comunidad, razón por la cual hombres y mujeres se organizaron para impulsar sus actividades agrícolas y comerciales. Bajo estos parámetros se fundó un “organismo articulador de los procesos de desarrollo socioeconómico” (p. 168). Aspectos como los ya nombrados son elementos importantes para que la comunidad de El Garzal pueda “resistir, afrontar, soportar y continuar, evitando a toda costa las acciones violentas” (p. 159).

En “La fe”, título que cierra el libro, se muestra cómo, en el caso de El Garzal –similar al de muchas comunidades de fe que resisten a la violencia–, las prácticas espirituales se resignifican para generar acciones y salidas concretas (p. 180). Lo interesante es ver que la fe, subestimada en nuestros días y tildada tajantemente como elemento de retroceso, propone en el caso estudiado –como plantea Plata

Quezada– una “ética progresista” (p. 182) que piensa en la dignidad del ser humano y de su relación con su medio más cercano.

Con todo, a partir de un caso emblemático de resistencia a la violencia desde la fe, como es el de El Garzal, este libro invita al lector a reevaluar el paradigma de comunidad de fe y de su proceder. Aunque esto no es nuevo, pues en el mundo hay una amplia gama de estos casos, hablar de fe y resistencia a la violencia en Colombia, y más desde la academia, abre el debate sobre la vigencia de las manifestaciones religiosas, místicas o de fe, así como su función social.

Además, el libro del doctor Plata Quezada no es indiferente a los errores o inflexibilidades de las iglesias cristianas; tampoco lo es al reconocer que, en muchos de los casos, los líderes religiosos se encuentran solos en sus comunidades. De hecho, un aporte fundamental consiste en mostrar que, ante cualquier acto de injusticia, ninguna fe fundamentada en los valores cristianos puede ser indiferente; más importante es el valioso aporte que este libro hace a una pedagogía de la paz (p. 21), contribución sustancial justo cuando el país atraviesa un momento trascendental en la búsqueda de una reconstrucción de su memoria histórica y de su tejido social, en aras de la paz.

Frank Orduz Rodríguez*

* Profesor Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Grupo de investigación Senderos del Lenguaje.